

tar el fuego de su personalidad bajo aspectos secos y no siempre gratos al público fácil de contentar. Hay afirmaciones de Rovira discutibles, como un paralelismo que trata de establecer entre Ramón Lull (Raimundo Lulio) y Pi y Margall. Nunca el segundo se encendió en los fuegos divinizados del primero. Paralelo inaceptable entre el árbol frondoso del trescentista Lull y el espíritu seco, apodáctico y hegeliano de Pi y Margall. En la época actual—dentro de la intelectualidad burguesa—le hallamos un hermano espiritual en Benedetto Croce, ese espléndido luchador ideológico de Italia, que ha erguido su actitud nerviosa y vital frente al comunismo nivelador y al no menos estólido fascismo.—*Ricardo A. Latham.*

## POESIA

CÁNTICO, por *Jorge Guillén.*

Frente al nombre de este poeta hay que inscribir la fórmula breve y profunda que ha encendido en Europa tan apasionados y dramáticos comentarios: poesía pura.

Poeta puro por la elección de sus temas en los que hay un anhelo, casi siempre alcanzado, de huir la anecdota y el argumento para hundirse—minero silencioso—, en los cauces ocultos de la vida interior. Y a ese anhelo heroico del poeta el hallazgo de una forma simple, clara, armoniosa. El triunfo de la difícil sencillez en medio de un caos de abstracciones. Porque este poeta puro, que en admirable

verso castellano ha traducido a Valéry, no sabe ser ni vulgar ni caótico.

Tiene su reino en el mundo de las abstracciones pero en su canto el caos es sometido a ritmo y armonía.

No la toques ya más,  
que así es la rosa

escribía Juan Ramón Jiménez, pálido y enlutado hermano mayor de los poetas nuevos de España. (Anotemos, de paso, que los últimos poemas de Jiménez y la obra completa de Góngora iluminada por el resplandor del tercer centenario parecen ser la influencia más fina y benéfica que recibe la nueva poesía de España.)

Y Jorge Guillén, en poema que dedica al maestro de *Pastorales*, comenta:

Yo vi la rosa: clausura  
primera de la armonía,  
tranquilamente futura.  
Su perfección sin porfía  
serenaba al ruiñeñor,  
cruel en el esplendor  
espiral del gorgorito.  
Y al aire ciñó el espacio  
con plenitud de palacio,  
y fué ya imposible el grito.

Y a don Luis de Góngora que le presta estos dos versos llenos de sugerencia:

Otro instrumento es quien tira  
de los sentidos mejores,

dedica los muy hermosos de *El ruiñeñor*. Es un canto breve y admirable como el anterior:

El ruiñeñor, pavo real  
facilísimo del pío,  
envía su memorial  
sobre la curva del río,

lejos, muy lejos, a un día  
parado en su mediodía,  
donde un ave carmesí,  
cenit de una primavera  
redonda, perfecta esfera,  
no responde nunca: sí.

Poeta sabio, erudito, aristocrático,  
no hay que imaginarlo un impasible.  
Tiene bellos momentos de exaltación:

¡Oh, concentración prodigiosa!  
Todas las rosas son la rosa:  
plenaria esencia universal.  
En el adorable volumen  
todos los deseos se sumen:  
¡ahinco del gozo total!

Puede señalarse en la intimidad literaria del poeta una exquisita pulcritud que bien vale el recuerdo del silencio de Valéry. El libro (1) que publica con el nombre sencillísimo de *Cántico* contiene la fina labor realizada a lo largo de los años 1919 y 1928.

Se abre el libro con una dedicatoria inicial que dice:

A MI MADRE

EN SU CIELO

Y se cierra con una dedicatoria final:

PARA

MI AMIGO

PEDRO SALINAS

Insisto en los pequeños detalles para hacer sentir la armonía total del libro que hasta en su tipografía nítida es una rima perfecta con el espíritu refinado del poeta.

---

(1) *Cántico*, por Jorge Guillén. *Revista de Occidente*. Madrid, 1929.

Revela *Cántico* el heroísmo de la selección de la obra propia y la conciencia de que en el arte poético nada hay más lejano de la verdadera y pura poesía que la fácil e inmoral improvisación. Casi por regla general puede afirmarse el estético fracaso del improvisador en poesía. Bastaría adivinar esta actitud hostil a la vulgar facilidad en el libro de Guillén para sentir simpatía por su gesto literario. Pero en poetas como en él no podemos conformarnos con los gestos. Queremos admirar, o desdeñar, la poesía. Y la de este *Cántico*, a la que, por ahora, sólo auguramos un triunfo de minorías, es un arquetipo de lo que he llegado a concebir como el ideal de la poesía de hoy: una sensibilidad frenada y gobernada por la inteligencia, una expresión adecuada a su tema poético allí donde el tema es por lo general un contrapunto entre la armonía y el color, una música entre las ideas y las sensaciones. El argumento del poeta de hoy es la sutil deformación a que somete las cosas a través de la alquimia del poema. Y yo encuentro en Jorge Guillén ese arte mágico que parece ser el atributo de la nueva poesía.—R. M. F.

SEGURO AZAR, por *Pedro Salinas*.

Hasta hace poco era un verdadero lugar común en los corrillos literarios la apología de la espontaneidad. Y si esto se sostenía casi místicamente entre los escritores en general tratándose, en particular, de poetas la voluntad de incultura adquiría caracteres morbosos.

El poeta, para cumplir con las ritua-